



## Comentario bibliográfico

**Sam Ottewill-Soulsby, *The Emperor and the Elephant: Christians and Muslims in the Age of Charlemagne* (Princeton/Oxford: Princeton University Press, 2023).**

***Pedro Pagliero***

*Universidad Nacional de Córdoba*

*pedropagliero@gmail.com*

*Fecha de recepción: 02/03/2026*

*Fecha de aprobación: 27/03/2026*

**L**a narrativa de un Carlomagno presentado como enemigo de los musulmanes responde a una ficcionalización del emperador carolingio que se ha repetido desde la Plena Edad Media hasta las elecciones estadounidenses de 2016 (p. 1). Es en esta línea en la que se inscribe la pintura decimonónica de Alfred Rethel, *La batalla de Córdoba* (1849/1850), en donde puede verse a Carlomagno liderando la carga de un ejército victorioso en vísperas de expulsar a los sarracenos. Es interesante cómo el propio Rethel, aun con una copiosa investigación detrás, admitía estar “suplementando el hecho con la leyenda” (p. 2). Con esta breve presentación, Sam Ottewill-Soulsby —historiador de la Academia Austríaca de Ciencias, interesado particularmente en las relaciones cristiano-musulmanas y la diplomacia altomedieval— señala,

desde el inicio de *The Emperor and the Elephant: Christians and Muslims in the Age of Charlemagne*, cuánto pesan las tradiciones narrativas sobre Carlomagno y el Islam, cuánto ordenan la imaginación histórica, y cuán fácil resulta deslizarse hacia la historia de una supuesta enemistad natural que confunde repertorios épicos con dinámicas políticas. En este sentido, el elefante Abul-Abbas, regalo célebre asociado a la diplomacia abasí-carolingia, aparece como un problema interpretativo más que como una mera curiosidad exótica. La obra procura reconstruir qué significó la interacción entre Aquisgrán, Córdoba y el califato, cómo tuvo lugar y por qué fue posible el vínculo.

Conviene señalar que el volumen cuenta con 363 páginas, organizadas en seis capítulos y una conclusión. Los capítulos siguen una disposición principalmente geográfica y, dentro de cada bloque, desarrollan una cronología orientadora que ordena episodios, procesos y coyunturas. Cada capítulo, además, se estructura mediante subsecciones internas con títulos propios (por ejemplo, en el capítulo 2; “Problems of Perspective”, “Envoys”, “Travel”, “Reception”, “Eating the Fish”). Asimismo, el libro incorpora cinco mapas y cuatro imágenes que ayudan a orientar la lectura.

Durante el primer capítulo, “Introduction”, Ottewill-Soulsby establece con nitidez que la obra pretende discutir con dos problemas que, a su juicio, han limitado la historiografía sobre la diplomacia carolingia con los mundos islámicos. El primero es la inclinación a analizar estas relaciones desde la perspectiva franca, derivada de un corpus mayoritariamente latino, ligado a la corte y a públicos occidentales, que termina imponiendo su propia puesta en escena del contacto (pp. 7-8). El efecto de esa asimetría se presenta como una desigual atribución de agencia en la historiografía, en la que los califas abasíes y los emires omeyas, dice el autor, han sido con frecuencia tratados como un telón de fondo, especialmente cuando se los representa con atributos del “déspota oriental”, congelados por fuera de la contingencia histórica (p. 7). Esa imagen, además, se reforzaría por otra cuestión desafiante, que es la rareza de menciones a los francos en fuentes árabes, lo cual empujó a muchos historiadores a prescindir de las historias abasíes y a apoyarse en tradiciones literarias posteriores sobre Harún al-Rashid. Frente a esta situación, Ottewill-Soulsby propone un camino alternativo, en el que se haga uso de materiales del califato para reconstruir problemas internos, presiones y estrategias, y así volver inteligible el contexto que hizo deseable comunicarse con los carolingios (p. 8).

El segundo problema es el persistente marco explicativo del “sistema de alianzas” asociado a la tesis de Francis W. Buckler<sup>1</sup>. Esta tesis argumentaba la priorización de una fuerte *realpolitik* militar para justificar las relaciones entre francos y musulmanes. Así, abasíes y carolingios serían tendencialmente presentados en guerra constante con Córdoba y Constantinopla. Ottewill-Soulsby insiste en que ese modelo ha aplanado diferencias decisivas entre el califato y al-Ándalus, y entre formas de contacto que no responden a la misma lógica (p. 9). Desarmar este esquema es, entonces, una condición para pensar la diplomacia sin convertirla en una cuestión mecánica dentro de los parámetros de una estrategia supuestamente obvia y esperable. Ese deslizamiento es decisivo porque permite que la diplomacia deje de leerse como derivación automática de una gran estrategia militar prefijada. El autor desplaza la mirada hacia los incentivos concretos de cada corte, la necesidad de producir legitimidad ante audiencias internas y el papel de mediadores que operan en los márgenes, donde muchas veces se decide el ritmo real del contacto (p. 9).

Con respecto a esto, el autor propone distinguir entre una “diplomacia de prestigio” y una “diplomacia de frontera”, sin negar zonas de contacto, pero subrayando que trabajan con propósitos distintos (pp. 12-16). La primera se define por su audiencia doméstica: la diplomacia como proyección de autoridad hacia adentro, como demostración de que un soberano es tomado en serio por figuras lejanas y poderosas, y como manera de atraer la admiración y el exotismo a la corte mediante regalos y ceremonias (pp. 12-13). La segunda se orienta a gestionar un vecino formidable y un espacio fronterizo ambiguo donde operan intermediarios con sus propias agendas. Sus mecanismos de información y contacto tienden a ser continuos, incluso cuando la intensidad del conflicto aumenta o disminuye (p. 14).

Esta distinción no opera rígidamente, sino que organiza el recorrido argumental y es la clave con la que Ottewill-Soulsby vuelve comparables escenarios que, historiográficamente, suelen tratarse por separado. En ese marco, la insistencia en “cruzar los Pirineos” para discutirlos como un espacio relacional se vuelve una condición fundamental para que la diplomacia de frontera sea analizable dinámicamente y no como la suma de episodios dispersos (p. 15).

En el capítulo 2, “Perception and Practice in Carolingian Diplomacy with the Islamic World”, Ottewill-Soulsby comienza con Notker Balbulus y su anécdota sobre los enviados de Harún al-Rashid que “no sabían dónde estaba Francia”, errando por obispados y condados antes de llegar

---

1 Francis Buckler, *Harunu'l-Rashid and Charles the Great* (Cambridge: Mediaeval Academy of America, 1931).

exhaustos a Aquisgrán (p. 31). Aunque reconoce el carácter tardío y moralizante del relato, el autor rescata la voluntad de Notker de mirar la diplomacia a escala humana, atendiendo a sus condiciones de posibilidad y a sus fricciones concretas, incluidas las derivadas de prejuicios francos más que del viaje en sí (pp. 31-32). Por eso, en contraste con el resto del libro, el capítulo se concentra en la dinámica particular del contacto: quiénes eran los enviados, cómo viajaban, cómo eran recibidos y qué papel cumplían cartas, ceremoniales y dones (p. 32). El gesto se apoya, además, en una discusión historiográfica sobre algunos aspectos técnicos de la diplomacia medieval y sobre el peso de supuestos modernos que invisibilizan prácticas suficientes para un mundo sin embajadas permanentes (pp. 32-33).

A su vez, el capítulo amplía el enfoque al terreno de las percepciones y justificaciones ideológicas, mostrando cómo imágenes mutuas, marcos jurídicos islámicos y repertorios cristianos de legitimación podían delimitar —sin necesariamente determinar— lo negociable entre poderes de distinta fe (pp. 34-49). Finalmente, el recorrido por algunas secciones internas como “Envoys”, “Travel”, “Reception” y “Gifts” construye un andamiaje concreto para comprender cómo se mueve la información, qué costos impone la distancia, qué fragilidades introduce la travesía y cómo el ceremonial, los banquetes y el intercambio material repercuten políticamente. De esta manera, el autor evita mostrar los vínculos como meras relaciones exteriores abstractas y logra presentarlos dentro de una práctica social situada.

Durante el capítulo 3, “Carolingian Diplomacy with the ‘Abbāsīd Caliphate”, Ottewill-Soulsby se encarga tanto de criticar tradiciones interpretativas como de reconstruir dinámicas diplomáticas. Abre con un caso citado en los *Annales Mettenses priores*, en donde unas embajadas musulmanas acudieron a la corte del mayordomo Pipino II luego de su victoria en Tertry (687), pero este pasaje configura un relato que ha sido categorizado como poco plausible y “completamente ahistórico” (p. 87). No obstante, el autor lo interpreta como un indicio de las expectativas políticas carolingias, porque la escena inventada sugiere que la diplomacia debía producir dones, “paz y amistad”, todo orientado a elevar la autoridad del príncipe ante su élite (pp. 87-91).

A partir de allí, el capítulo enfrenta el escepticismo sobre la realidad misma del intercambio franco-abasí y sostiene que la diplomacia efectivamente ocurrió, apoyándose en múltiples fuentes latinas y en testimonios del ámbito arabófono que aluden a regalos “de los países de los francos” en tiempos de Harún (pp. 91-93, 139). En lugar de tomar el silencio de las grandes crónicas abasíes

como prueba negativa, Ottewill-Soulsby lo atribuye a los intereses y prioridades de sus compiladores más que a la inexistencia del vínculo (p. 139). Sobre esta base, el capítulo discute dos marcos explicativos que suelen organizar la bibliografía: por un lado, el “sistema de alianzas” de Buckler, presentado como una matriz interpretativa que homogeneiza actores y vuelve “racional” un conjunto de contactos cuya lógica, en las fuentes, aparece más fragmentaria y contingente (pp. 97-106). Por otro lado, la hipótesis que vincula estas embajadas con Jerusalén y sus Patriarcas, es decir, con la búsqueda de autorización y apoyo califales para sostener y proteger instituciones cristianas en Tierra Santa, es juzgada por el autor como significativas pero parciales para explicar el fenómeno en su conjunto (pp. 106-114)<sup>2</sup>. Asimismo, el tramo final aborda la diplomacia de prestigio, en donde el elefante Abul-Abbas aparece como emblema de una política de exhibición compartida y, a la vez, como un recurso costoso y escaso en el horizonte abasí, lo que refuerza la idea de que el intercambio funcionó, ante todo, como un instrumento de legitimación doméstica (pp. 114-117 y 129-131).

En el capítulo 4, “Carolingian-Umayyad Diplomacy, Part 1: 751-820”, el autor vuelve sobre la obra de Jiménez de Rada, que le permite mostrar cómo la narrativa de un Carlomagno conquistador de España habla menos de hechos que de expectativas, y cómo esos guiones épicos, al sedimentarse, continúan condicionando el modo en que pensamos la relación con al-Ándalus (pp. 147-148). A partir de allí, Ottewill-Soulsby desplaza el foco hacia un problema historiográfico más amplio: la tendencia moderna a escribir por separado la historia carolingia y la ibérica, pese a que ambos poderes se moldearon recíprocamente y, en este punto, se enfrentaron casi como pares, capaces de amenazarse y de proyectar expansión y botín a través de los Pirineos (pp. 148-150). La frontera aparece entonces como un espacio de interacción continua y difícil de controlar desde los centros, donde la diplomacia adopta dos formas complementarias: negociaciones entre monarcas para crear condiciones de paz y, a la vez, construcción de relaciones con enemigos internos del rival, especialmente señores de frontera y disidentes, con fines de inteligencia y apoyo militar (p. 150). En este marco, la guerra y la negociación comparten repertorios, actores y ritmos.

---

2 Ottewill-Soulsby reconstruye esta hipótesis, que entiende que el intercambio abasí-carolingio se explicaría, en parte, por el interés de Carlomagno en Jerusalén y en el sostenimiento del Patriarcado y de instituciones cristianas en Tierra Santa. El autor considera este factor relevante para entender ciertas embajadas y el encuadre cristiano del vínculo, pero lo juzga insuficiente como explicación general del fenómeno, que también responde a lógicas de prestigio y legitimación cortesana (pp. 106-114).

De este modo, Roncesvalles puede entenderse como un episodio importante, pero particular dentro de un campo político volátil, además filtrado por un registro documental desigual, tanto por el foco cordobés de las crónicas andalusíes como por la reticencia franca a narrar sus derrotas (pp. 148-149 y 156-199). La paz, finalmente, aparece como un instrumento frágil y reversible, siempre atravesado por agendas que no se reducen a Córdoba ni a Aquisgrán, y que obligan a emires y emperadores a “ponerse al día” frente a dinámicas que tienen lugar en los márgenes de sus gobiernos (pp. 150; 186-199).

El capítulo 5, “Carolingian-Umayyad Diplomacy, Part 2: 820-864”, ahonda en la lectura fronteriza del capítulo anterior, pero lo hace desde un contexto más inestable y con una diplomacia menos susceptible a la planificación central. La apertura con el episodio de Salomón de Urgel en Córdoba —una operación articulada por palabras, monedas de plata y mediaciones para obtener reliquias— funciona como un síntoma de época, porque condensa la transformación de los márgenes pirenaicos y la creciente dependencia de recursos no coercitivos en el trato con el emirato (pp. 201-202). Por otro lado, en el trasfondo opera un giro en el balance de poder que el autor sitúa tras la crisis de 827, cuando se clausura la iniciativa franca en la península y, desde entonces, la negociación tiende a orientarse a contener incursiones andalusíes más que a impulsar y sostener proyectos expansivos (pp. 203-204). En esa línea, la sección “Leaders and tribunes” muestra cómo la descomposición de la coalición aristocrática que había sostenido la política militar carolingia en la Marca Hispánica favorece rivalidades internas y reordena lealtades, matizando explicaciones étnicas simplificadoras en favor de una lectura en la que se compite por recursos, redes y honores (pp. 209-213). “Rebels and Vikings”, por su parte, desplaza el foco hacia el reinado de Carlos el Calvo y exhibe un tablero donde las amenazas nórdicas, los conflictos dinásticos y la fragilidad del control sobre Aquitania y la Marca vuelven intermitente la diplomacia con Córdoba y la subordinan a crisis coyunturales (pp. 230-239).

De esta manera, podemos ver cómo mientras el rey franco busca generar una base que le otorgue estabilidad a su reino, el emirato puede capitalizar campañas y expediciones como un mecanismo de legitimación doméstica, lo que vuelve frágiles los acuerdos y abre espacio para apoyos indirectos a facciones rivales (pp. 233-234). La parte final del capítulo discute aspectos centrales como la religión y alude a que la clausura de esta secuencia diplomática no responde a

un desenlace teleológico, sino a una reconfiguración de realidades políticas que vuelve menos necesario —y menos practicable— el viejo repertorio de embajadas y pactos (pp. 247-257).

En el capítulo 6, “The Central Mediterranean: The limits of Carolingian diplomacy with the Islamic world”, Ottewill-Soulsby propone un análisis comparativo que fortalece el argumento general porque se ocupa, explícitamente, de una ausencia y la convierte en problema (pp. 258-259). En primer lugar, el autor examina la evidencia —limitada y muy localizada— de contactos entre los carolingios e Ifriquía a fines del siglo VIII, vinculándolos al interés mediterráneo de Carlomagno y la vulnerabilidad política del gobierno de al-Akki, sugerida tanto por un relato norteafricano (el *Kitāb al-Miḥan*) como por indicios numismáticos y por la circulación de actores que conectaban Cairuán con Aquisgrán (pp. 259-264)<sup>3</sup>. Luego, contrasta ese escenario con el sur de Italia, donde, pese a la proximidad creada por la conquista musulmana de Sicilia desde 827 y la formación de emiratos como Bari o Taranto, la relación con Lotario I y Luis II aparece como enteramente hostil y sin huellas de diplomacia (pp. 272-274). El punto no es que faltara contacto, sino que faltaban incentivos comparables a los de al-Ándalus: los emiratos itálicos eran concebidos como expulsables, no ofrecían el capital simbólico de la diplomacia de prestigio, y la renovada centralidad del papado convertía en un riesgo político cualquier trato con “sarracenos” (pp. 276-278). Esto deriva en que la negociación no tuviera lugar por mera proximidad, ya que tanto los carolingios como los distintos poderes musulmanes debían evaluar el efecto interno de la diplomacia, y en Ifriquía e Italia esas condiciones la volvieron poco atractiva o directamente contraproducente (p. 281).

En la conclusión, “Death of an Elephant”, Ottewill-Soulsby utiliza la noticia de la muerte del elefante Abul-Abbas en 810 como punto de apoyo para sintetizar el argumento. El episodio aparece consignado junto a eclipses, plagas y tragedias dinásticas, pero su utilidad analítica reside en subrayar un problema de simultaneidad. En el mismo año se registran incursiones musulmanas en Córcega, negociaciones de paz con al-Hákam I y la continuidad de contactos de largo alcance, es decir, formas distintas de interacción que coexistían (p. 282). A partir de allí, el autor explicita un riesgo metodológico de su propio procedimiento: la necesidad de distinguir relaciones con poderes musulmanes diversos puede inducir, si se absolutizan, una lectura demasiado

---

3 *Ifriquía* es un término presente en fuentes islámicas medievales que opera como arabización del concepto latino de “África”. Incluiría partes del actual Túnez, Argelia y Libia con Cairuán como su centro principal.

segmentada de vínculos que, para los contemporáneos, se superponían. La conclusión propone resolver ese desequilibrio mediante una recomposición de conjunto, sin abandonar las distinciones analíticas que estructuran el libro (p. 282).

La síntesis reordena el problema en dos planos. Por un lado, recompone una perspectiva franca que distingue motivaciones y cronologías. Para Pipino III el “mundo islámico” opera ante todo como fuente de legitimidad dinástica y prestigio. Para Carlomagno, en cambio, se acumulan motivos de expansión ibérica y mediterránea, contención de incursiones y patronazgo de comunidades cristianas bajo dominio musulmán, con una concentración marcada de estos intereses después de 790 (pp. 283-284). Por otro lado, la conclusión devuelve centralidad a la agencia musulmana. La diplomacia fronteriza con Córdoba no fue un apéndice del “episodio abasí”, y desde el siglo IX el ritmo de guerras y treguas quedó en buena medida fijado por la capacidad omeya de llevar a cabo un *raid* y por la utilización táctica de tratados para ralentizar las represalias (pp. 286-287). En paralelo, el cierre insiste en que la diplomacia de prestigio con los abasíes fue voluntaria e integrada a estrategias cortesanas de proyección, especialmente en contextos de tensión interna.

De este modo, Ottewill-Soulsby muestra el límite norteafricano como un intento de reciprocidad fallida, donde la continuidad no terminó frustrándose por la falta de interés carolingio, sino por la ausencia de incentivos del otro lado y el costo político de asociarse con los francos (pp. 287-288). En consecuencia, el libro resiste el relato de un declive lineal poscarolingio y subraya elecciones y discontinuidades, tanto en la interrupción de contactos con el califato tras 831 como en la clausura de la diplomacia con Córdoba a mediados de siglo, cuando incentivos y capacidades cambiaron en ambos mundos (pp. 286-287).

Leído en conjunto, el aporte de Ottewill-Soulsby es, ante todo, historiográfico. No solo discute una tesis heredada, sino que propone una serie de herramientas útiles para pensar la diplomacia altomedieval sin reducirla a una lógica racional e instrumental única. Esto nos permite entender por qué el elefante es importante sin recaer en un fetichismo, por qué la frontera ibérica no debe leerse como un escenario secundario y por qué los actores locales, los señores de la marcha y las poblaciones cristianas en al-Ándalus constituyen una parte fundamental del motor que vuelve posible y necesario el vínculo (pp. 9, 14-15). La inclusión del Mediterráneo central añade

una densidad comparativa poco frecuente, porque obliga a pensar la diplomacia como una opción histórica antes que como una derivación casi automática propia de la proximidad (pp. 258-259).

Esto no significa que el libro quede al margen de tensiones. El empleo explícito de categorías contemporáneas para pensar audiencias domésticas, prestigio y la interrelación entre política interna y externa, aun cuando sea productivo para formular hipótesis, exige una lectura cuidadosa para no reintroducir por vía conceptual lo que el autor busca desplazar por vía documental. A pesar de todo, Ottewill-Soulsby se muestra consciente de los riesgos, evidenciado en su insistencia en la poca disponibilidad de las fuentes —incluido el relativo silencio de registros árabes—, y en la necesidad de tomarlas e interpretarlas de acuerdo con su contexto. En esa misma línea, el libro consigue volver pensable la diplomacia altomedieval entre cristianos y musulmanes sin romantizarla, sin reducirla a un choque de civilizaciones y sin resignarse a narrar las relaciones de una manera homogénea y unidireccional.

El cierre de la obra, con el sudario carolingio decorado con elefantes, nos recuerda que la materialidad del contacto —dones, textiles, objetos exóticos— también es capaz de producir sentido, aunque de modo ambiguo y situado, lejos de cualquier teleología de enemistad natural (p. 289). De esta manera, la contribución mayor del libro es deconstruir nociones heredadas de lógicas políticas efectivamente disponibles y devolverle a la diplomacia su estatuto de práctica histórica contingente y conflictiva, por eso mismo, inteligible.